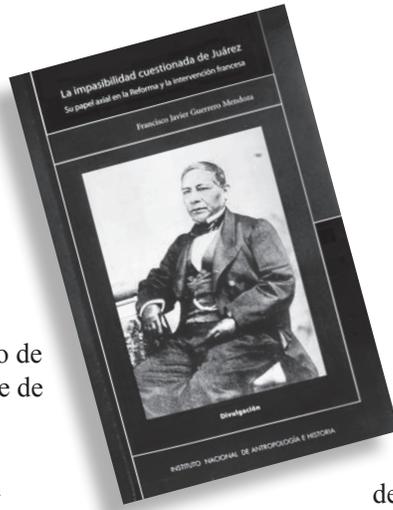


¿LOS CANGREJOS CAMINAN DE LADO O PARA ATRÁS?

María Rosa Palazón

Introducción. Nada fácil es hablar de un amigo entrañable cuya obra la dedica a un matrimonio para mí igualmente entrañable. Javier es un guerrero de los que ponderó Nietzsche: generoso, honesto, solidario, con una posición, en este caso de izquierda, incorruptible. Sabe de política más o igual que los especialistas de autoridad reconocida, y como tiene una memoria portentosa, ¡ay de los farsantes! En suma, queremos a Javier, colega humorista y veraz. Si Juárez fue un eje en la historia, Francisco Javier lo es en la política y la cultura. Su libro en cuestión¹ rezuma sabiduría.



Tras el anterior merecido besamanos, rememoro que un profesor me regañaba con tonalidad de ogro con la siguiente cantinela: “vas para atrás, como los cangrejos”, pero mi acumulación de complejos me hizo observar, siendo aún pequeña, que estos animales se desplazan y avanzan de lado, ¿será éste el movimiento del capitalismo y de cualquier etapa de la historia? Discutiré esta idea con Javier, quien presume de antropólogo, aunque también es historiador “mal de su grado”. Pongámonos los guantes. Por ahora basta saber que a los conservadores, por su equivocada y reaccionaria (o en reversa) ideología se les llamó cangrejos. Lo malo es que, como reza un inciso de la obra mencionada, los de atrás corrieron mucho: los acangrejados se hicieron fuertes en el actual neoconservadurismo. Me refiero a los neoliberales (p. 12). Guerrero la emprende en contra de tales crustáceos de ayer y de hoy.

La impasibilidad cuestionada... consta de ocho partes: Introducción, La historia y el México decimonónico, La Reforma y la difícil vertebración de la nación mexicana, Las raíces del conflicto, La nueva lucha por la Independencia, México frente a la Intervención Francesa, Epílogo y Bibliografía. El autor no trata de caer en ditirambos, ni en estigmas dirigidos a Benito Juárez, es decir, no cae en la historia de héroes etéreos e impolutos, ni en la satanización de agentes volátiles.

¹ Javier Guerrero Mendoza, *La impasibilidad de Juárez. Su papel axial en la Reforma y en la Intervención Francesa*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009 (Divulgación).

La historia no se desarrolla linealmente en ninguna parte del mundo. En este momento de la historia, el Tío Sam y la “madrasta Europa” emplean formas más sutilizadas de victimizar a los parias de la Tierra

Juarismo y antijuarismo. Francisco Javier Guerrero juzga sin hostigar, ni alaba sin motivo al Benemérito de las Américas. Sus fuentes principales son los críticos de ayer y los historiadores, economistas y sociólogos, en su mayoría vivos. Javier, así lo llamo, perfila a Juárez como la médula del liberalismo original, a saber, el que estableció el Estado Nacional. Lo ubica en la escena nacional e internacional con el fin de plantar cara a los exagerados, cuando no falaces, bandos antagónicos que se centran y se centraron en su figura. Como las pasiones desbordadas siguen vivas, Javier Guerrero, igual que Fernández de Lizardi, provocará evacuaciones, dolores de cabeza y vómitos. Las loas vendrán de quienes coinciden con su enfoque. Don Benito no fue una personalidad impoluta, tampoco un entreguista al imperialismo o un tirano contradictorio, a juicio de nuestro escritor.

Basándose en la historia efectual, Javier Guerrero intenta alcanzar la “imparcialidad”, esto significa comprender y explicar aquella revuelta tal y como fue. Pero, amigo, “imparcialidad” no es neutralidad, ni es sinónimo de objetividad, como sostiene Sánchez Vázquez. Si Javier objeta que los textos históricos son un semillero de valoraciones encontradas, respondo que no existe ningún estudioso de las ciencias sociales humanas, el mismo Javier Guerrero y sus colegas ilustran que se liberen de la ética y la moral sociales; la aplican a la praxis y a la praxis discursiva de los agentes históricos. Tal es la naturaleza de las ciencias, aunque esto haya sido negado y haya motivado tantas objeciones de los positivistas. Lo cierto es que en Historia, o investigación de las cosas acontecidas, las inexactitudes y mentiras desacreditan tanto los juicios parciales, como las obras completas que se hallan en los campos del conocimiento. La objetividad de Javier resplandece desde su posición izquierdista, pero no es imparcial, afortunadamente.

El nacionalismo defensivo. Javier insiste y documenta que el presidente Juárez funcionó como catalizador en contra

de las invasiones extranjeras, tema debatido y que despierta choques enconados entre la izquierda y la derecha recalcitrante. Doscientos años después de que nació un niño zapoteco, que pronto dejó de ser indio, su nacionalismo defensivo de México se está diluyendo en la globalización, impuesta por unos polos de desarrollo que apergollan y enajenan a sus dominadas periferias. Lo anterior abre de nuevo a discusión los problemas de la nación, el derrumbe del alto clero, que había sido propietario de la mitad, por lo menos, de los bienes muebles e inmuebles de México. Y, por añadidura, el candente asunto de los indígenas, o pueblos originarios en calificativo de Miguel León Portilla.

En *La impasibilidad cuestionada...* resaltan los incisivos que demuestran que Juárez no fue un político “cipayo” o sometido a Estados Unidos —por aquel entonces ya una potencia “geofágica”— sino “un decidido nacionalista” que atajó la posibilidad aterrante de que México deviniera una estrella más de la bandera norteamericana. La obvia intervención que estaba en la mente de los gobernantes y potentados económicos del país vecino la atajaron los Reformistas. Nada tiene de misterioso el asunto, porque en 1847 Melchor Ocampo y Benito Juárez participaron en la guerra de guerrillas contra el vecino del norte. La memoria del trauma continuaba viva en 1864. Sí, el Coloso del Norte, peligroso enemigo cercano, que ya funcionaba imperialmente, tenía tropas mejor entrenadas que las nuestras —eran una quinta columna. Es obvio que motivaron temores; pero los frenó, afirma Javier, el Tratado McLane-Ocampo, “una sagaz medida diplomática” que evitó perder un centímetro más de terreno, sólo dejándolos pasar por el Istmo de Tehuantepec.

El antropólogo Guerrero penetra aún más a fondo en la Intervención Francesa y su derrota. Las excusas de Francia para someternos llegaron a ser verdaderas comedias, como la Guerra de los Pasteles. La justificación que dieron los cangrejos cuando mendigaron la ayuda de Napoleón III para que nos asignara un rey, es decir, para que nos conquistara, pese a que la presentaron como medida salvadora (el mal siempre se disfraza de bien), fue la siguiente: evitar el triunfo de Estados Unidos de Norteamérica; el catolicismo y la “latinidad” —decían— moriría ahogada por lo anglosajón. Con unos cuantos papirotazos, Javier deshace los endriagos, las quimeras y las corruptas mentiras derechistas que dieron cabida a muchos entuertos y males para México.

El Estado nacional. Como si voláramos bajo, en una avioneta, contemplamos de lejos y con perspectiva temporal el México decimonónico, tan lejos del éxito y tan sumido en el caos demográfico, económico, político y social. Aquella etapa fue un auténtico sueño de la anarquía iniciada antes de

Juárez funcionó como catalizador en contra de las invasiones extranjeras, tema debatido que despierta choques enconados entre la izquierda y la derecha recalcitrante

la guerra de Independencia, con los Austrias y la entrada de los Borbones, con la invasión napoleónica de España, con Fernando VII, con la guerra de Independencia, con la derogación de la liberal Constitución de la Monarquía Española de 1812, con el iturbidismo, con los federales y centralistas, y con... Como siempre que hay vida, hay esperanza; propulsado por revoluciones industriales, la de Francia, analizada por sus filósofos defensores y, yo añadiría, los jansenistas españoles, desde Juan de Mariana hasta Jovellanos y Campomanes, Benito Juárez quiso implantar una “etapa de progreso” (p. 17) y una “democracia avanzada”.

Los hombres de principios y mitad del siglo XIX creyeron que la ley de la oferta y la demanda habría de igualar precios y salarios, y, por otra parte, que el presidente debería estar bajo la férula del poder ejecutivo y judicial; sin embargo, las asonadas variopintas forjaron un poder ejecutivo fuerte y dominante. Sin negar que tanto Don Benito como Don Porfirio se aferraron a la presidencia, para Francisco Javier Guerrero los motivos de ambos fueron diferentes, aunque la soberanía se bamboleó en ambos casos. La deshonestidad, la devastadora corrupción que se inició con la Colonia, agregado, siguió negando la igualdad ante la ley (el simbólico “juez honesto”, punto nodal de la política justa, nunca existió en el área de la Nueva España y del posterior México, al cual fray Servando Teresa de Mier y Lizardi quisieron llamar Anáhuac).

Las características definitorias del sistema capitalista propuestas por Pierre Vilar, que Francisco Javier apoya, son: a) una fuerza de trabajo libre, b) el siervo u obrero no es propietario de los medios de producción; c) la existencia de un mercado amplio; d) la división del trabajo y e) la acumulación de la riqueza o plusvalía por la minoritaria clase burguesa. No discrepo en tales observaciones, sino en encajonar la rica realidad en tales mecanismos, como si fueran invariables. En el decir de Engels y de Pirenne, el capitalismo se inició a fines de la Edad Media, cuando el feudo resultó insuficiente para alimentar a una población creciente. El burgo cambió radicalmente las formas de producción, distribución y consumo. Por lo tanto, México fue capitalista desde la Conquista. El mérito de Juárez se limita a que abrió las puertas al capitalismo industrial. Dicho en pocas palabras, Juárez, amante de la

modernización capitalista y del quimérico progreso, impuso que los hombres vendieran su fuerza de trabajo a cambio de un sueldo, que compitieran entre sí y que se configurara, por fin, un mercado nacional.

Los indios propietarios y el genocidio. Desde la ley de Miguel Lerdo de Tejada se despojaron de sus fueros más que justificadamente al clero, a los militares, y, con mala orientación, a mi juicio, a los indígenas (Javier Guerrero describe cómo eran sus comunidades, su organización y los males que padecían). Las tierras indígenas nacionalizadas por Juárez se malbarataron y las acapararon los especuladores. Los comuneros recibían sus tierras y los ricos se las compraban a un costo bajísimo. Este proceso originó el latifundismo de corte medieval, excepto en que se pagaban salarios; pero sabemos que se los quitaban a esta especie novedosa de siervos disfrazados de campesinos modernos por medio de tributos, y, durante el porfiriato, mediante las tiendas de raya y otras medidas de expoliación. Porfirio Díaz llevó esta explotación inicua al extremo. Este dictador fue una mezcla de liberal y cangrejo que contribuyó a que la mayoría de la población de aquellos años, es decir, los indígenas no hispanohablantes, se convirtieran en una minoría: desde Guadalupe Victoria, pasando por Juárez, hasta el presente, se han mantenido en rebelión, en contra de su asimilación forzada a la competencia individualizada, es decir, que defienden su espíritu comunal.

No podemos separar el indigenismo de las cuestiones clasistas ni viceversa. Si los no hispanohablantes eran mayoría, ¿acaso los reformistas no hubieran podido intentar que algunas comunidades afines o capaces de unirse fueran rompiendo los circuitos cerrados de producción y consumo? Esta petición es absurda durante el porfiriato, pero no en la Reforma. Luego, ¿por qué los dogmas de la propiedad privada individualizada y de la competencia las aplicaron aquellos liberales de primer momento, como reglas insalvables, incrementándose por lo mismo las masacres de indios? El utópico capitalismo inicial, viendo que los sistemas evolucionan, desplazándose de lado, no tuvo la capacidad de inventar medidas nuevas de justicia distributiva y conmutativa, es decir, las que reparten dentro de la igualdad proporcional bienes y servicios y, al principio, compensan a los que menos tienen.

La historia evoluciona de lado, avanza, pero no siempre progresa o favorece a los condenados de la tierra, si bien en el desarrollo social humano de pronto aparecen mecanismos nuevos que se desarrollan lentamente. Las clasificaciones siempre son grises y el árbol de la vida es verde. La historia no se desarrolla linealmente en ninguna parte del mundo. En este momento de la historia, el Tío



Sam y la “madrstra Europa” emplean formas más sutiles de victimizar a los parias de la Tierra. ¿Qué pasó con el México de Juárez, cuál es su mensaje para el país donde existimos, cuyas bocacalles ahora son una mera prolongación del espectáculo circense? Como la injusticia entra por los ojos, nos agobian los sentimientos de culpa las veces en que, por unos centavos, los mendigos y suicidas dragones tragan gasolina y escupen fuego.

Francisco Javier Guerrero Mendoza, en el Epílogo de su libro espejea su amor fraterno y su anhelo de justicia distributiva y retributiva. Benito Juárez lo atrapó en su época, pero él lo transportó a la suya. Juárez nunca fue impasible; menos, Javier Guerrero, quien reconoce que la vida está llena de recovecos que hemos de aprovechar a favor de la ética, es decir, el anhelo de vivir en instituciones más justas para y con los otros. Afortunadamente, imagina un presente del pasado y que llegará un gozable presente del futuro. Por sus ideas, por sus sentimientos, por sus ideales, queremos a este historiador, antropólogo y economista. Hoy hemos de luchar de nuevo por la Independencia de México, por el bienestar de la población y los derechos de las minorías condenadas económica o políticamente. Estimado Javier, ¿el buen Maximiliano fue jaiba o un cangrejo de otro tipo?

Termino con una petición, ¿mi amigo no debería pagarme una comida de crustáceos frescos? 🦀

María Rosa Palazón Mayoral. Filósofa mexicana, crítica de arte, autora de varios libros. Es profesora e investigadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.